

Mark Twain

El forastero misterioso



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Mysterious Stranger*
Traducción de Doris Rolfe

Primera edición: 2000
Segunda edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2000
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2000, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-270-9
Depósito legal: M. 36.500-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo 1
15	Capítulo 2
27	Capítulo 3
40	Capítulo 4
44	Capítulo 5
61	Capítulo 6
77	Capítulo 7
100	Capítulo 8
127	Capítulo 9
134	Capítulo 10
151	Capítulo 11

Capítulo 1

Ocurrió en el año 1590... durante el invierno. Austria estaba muy lejos del mundo, dormida; todavía era la Edad Media en Austria y prometía quedarse así siempre. Algunos la situaban incluso más remotamente en el tiempo, hace siglos y siglos, y decían que según el reloj mental y espiritual corría entonces en Austria la Edad de la Fe. Pero lo proponían como halago y no como calumnia, y así lo entendíamos y nos sentíamos orgullosos de ello. Lo recuerdo muy bien, aunque yo sólo era un muchacho, y recuerdo también el placer que me causaba.

Sí, Austria estaba muy lejos del mundo, y dormida; y nuestra aldea se encontraba en el centro de ese sueño, porque estaba en el centro de Austria. Dormitaba en paz en el profundo retiro de una soledad de montes y bosques donde raras veces llegaban noticias del mundo que perturbaran sus sueños, y se sentía infinitamente feliz. Delante de la aldea pasaba el río tranquilo con la super-

ficie pintada con formas de nubes y reflejos de barcas y embarcaciones que transportaban piedras impulsadas por la corriente; detrás del río subían las laderas boscosas hacia la base de un elevado precipicio; desde la cumbre del precipicio miraba ceñudo un enorme castillo con sus largas filas de torres y baluartes cubiertas de una malla de enredaderas; más allá del río, a una legua hacia la izquierda, había una laberíntica extensión de montes selváticos hendidos por gargantas serpenteantes, donde nunca penetraba el sol; a la derecha un precipicio dominaba el río, y entre éste y los montes se extendía una ancha llanura con casas que anidaban entre huertos y árboles umbríos.

Toda la región en varias leguas a la redonda era propiedad hereditaria de un príncipe, cuyos sirvientes mantenían el castillo en perfectas condiciones de habitabilidad, pero ni el noble ni su familia se presentaban allí más de una vez cada cinco años. Cuando venía, parecía que el señor del mundo había llegado y traído consigo todas las glorias de sus reinos; y, cuando se marchaba, dejaba tras de sí una tranquilidad como la del sueño profundo que sigue a una orgía.

Eseldorf era un paraíso para nosotros, los muchachos. No nos molestaban mucho con los estudios. Principalmente nos entrenaban para que fuéramos buenos cristianos, y sobre todo para reverenciar a la Virgen, a la Iglesia y a los Santos. Aparte de esto, no nos pedían que supiéramos mucho, y, de hecho, no se nos permitía. El saber no era bueno para la gente común, y podía hacer que se sintieran descontentos con la porción que Dios les había asignado; y Dios no aguantaría el descontento con sus

planes. Teníamos dos curas. Uno de ellos, el padre Adolf, era un cura muy piadoso y enérgico, muy considerado.

Quizá haya habido mejores curas, en algunos aspectos, que el padre Adolf, pero jamás hubo en nuestra comunidad otro a quien la gente tuviera tan profundo y reverente respeto. Y esto se debía al hecho de que no tuviese miedo al Diablo en absoluto. Era el único cristiano que he conocido de quien podía decirse eso realmente. Así que la gente le tenía un temor reverencial, pues pensaban que debía de haber algo sobrenatural en él, o de lo contrario no habría podido ser tan valiente y tan confiado. Todos los hombres hablan del Diablo con amarga desaprobación, pero lo hacen reverentemente, y sin impertinencia; sin embargo, la manera de hablar del padre Adolf era muy distinta; él le llamaba todos los nombres que le venían a la boca, y, cuando le escuchaban, hacía temblar a todos; muchas veces incluso hablaba de él con desprecio, con mofa y escarnio; entonces la gente se santiguaba y huía rápidamente de su presencia, temiendo que pudiera suceder algo espantoso.

El padre Adolf había encontrado ciertamente a Satanás cara a cara más de una vez, y lo había desafiado. Se sabía que era así. El mismo padre Adolf lo decía. Nunca lo había tenido en secreto, sino que hablaba con toda franqueza. Y había al menos una prueba de que era verdad lo que decía, porque esa vez discutió con el enemigo, e intrépidamente le arrojó su botella, y allí, sobre la pared del estudio, quedó la mancha rojiza donde chocó y se rompió el recipiente.

Pero al padre Peter, el otro cura, lo amábamos más y sentíamos más lástima por él. Algunas personas lo acusa-

ban de haber dicho en privado que Dios era todo bondad y que Él encontraría una forma de salvar a todos sus pobres hijos. Era una cosa horrible decir eso, y nunca existió ninguna prueba auténtica de que lo hubiera dicho el padre Peter, y además, había sido algo inusitado en él, porque siempre era bueno y bondadoso y sincero. No lo acusaban de haberlo dicho desde el púlpito, donde toda la asamblea podía escucharlo y dar testimonio, sino sólo fuera de la iglesia, en charlas con la gente; y era fácil que los enemigos crearan ese infundio. El padre Peter tenía un enemigo, alguien muy poderoso: el astrólogo, que vivía valle arriba en una vieja torre destartalada, y que pasaba las noches estudiando las estrellas. Todo el mundo sabía que podía predecir guerras y hambres en cualquier momento, aunque no era tan difícil conseguirlo, porque siempre había una guerra y normalmente hambre en alguna parte.

Pero también valiéndose de las estrellas podía interpretar la vida de cualquier hombre; usaba un libro grande que tenía, y encontraba artículos perdidos, y con excepción del padre Peter, todos en la aldea le tenían un temor reverente. Incluso el padre Adolf, que había desafiado al Diablo, sentía un saludable respeto por el astrólogo, cuando éste paseaba por nuestra aldea con su capirote alto y puntiagudo y su larga toga suelta pintada con estrellas y llevando en la mano su gran libro y un bastón, que, como se sabía, poseía poderes mágicos. Se decía que hasta el obispo escuchaba a veces al astrólogo, porque, además de estudiar las estrellas y profetizar, el astrólogo hacía gala de piadoso, lo cual, por supuesto, impresionaba al obispo.

Pero el padre Peter no tenía confianza en el astrólogo. Le denunciaba abiertamente como charlatán..., un engañador sin conocimientos valiosos de ninguna clase, ni más poderes que los de un ser humano corriente, o más bien inferior; lo cual naturalmente hacía que el astrólogo odiara al padre Peter y deseara hacerle daño. Fue el astrólogo, según creíamos todos, quien comenzó la historia de aquel comentario escandaloso del padre Peter y quien se lo contó al obispo. Se decía que el padre Peter hizo ese comentario a su sobrina, Marget; aunque Marget lo negó y rogó al obispo que le creyera y que salvara a su viejo tío de la pobreza y de la desgracia. Pero el obispo no quiso escucharla. Suspendió al padre Peter por tiempo indefinido, aunque no llegó tan lejos como a excomulgarlo, basándose sólo en la evidencia de un testigo; y es el caso que por entonces el padre Peter llevaba ya dos años sin oficiar, y el otro cura, el padre Adolf, cuidaba de su rebaño.

Aquellos años fueron duros para el viejo cura y para Marget. Antes habían sido los preferidos, pero todo cambió cuando cayó sobre ellos la sombra del disgusto del obispo. Muchos amigos los abandonaron, y los demás se volvieron fríos y distantes. Marget era una encantadora muchacha de dieciocho años cuando empezaron las dificultades, y tenía la mejor cabeza de la aldea y la de mejor contenido. Enseñaba a tocar el arpa y con su ingenio ganaba dinero para comprarse ropa y cubrir todos sus pequeños gastos. Pero sus alumnas la abandonaron una tras otra; la olvidaban cuando había bailes y fiestas entre los jóvenes de la aldea, y los mozos dejaron de ir por su casa, todos menos Wilhelm Meidling..., y él hu-

biera podido evitarse la molestia; ella y su tío estaban tristes y afligidos por el abandono y la desgracia, y había desaparecido de sus vidas la luz del sol. Durante dos años enteros las cosas fueron de mal en peor; su ropa se desgastaba, y cada vez les resultaba más difícil procurarse el pan. Y ahora, por fin, había llegado el colmo. Solomon Isaacs, que les había prestado todo el dinero que quiso ofrecerles con la casa como hipoteca, acababa de avisarles de que al día siguiente iba a adueñarse de la casa por falta de pago.

Capítulo 2

Éramos tres los chicos que siempre estábamos juntos, y así había venido ocurriendo desde la cuna, porque desde el principio nos tuvimos cariño, y este efecto se fue profundizando según transcurrieron los años; éramos Nikolaus Bauman, hijo del juez de los tribunales locales; Seppi Wohlmeyer, hijo del dueño de la fonda más importante llamada «El Venado de Oro», que tenía un jardín agradable, con arboledas frondosas que llegaban hasta el río, donde se alquilaban botes de excursión; y yo, Theodor Fischer, hijo del organista de la iglesia, que también hacía de director de los músicos de la aldea, y de profesor de violín, compositor, recaudador de impuestos, sacristán, y que de otros muchos modos resultaba ser un ciudadano útil, respetado por todos. Los tres conocíamos los montes y los bosques tan bien como los pájaros porque los recorríamos siempre que disponíamos de alguna hora de ocio... Por lo menos cuando no estábamos na-

dando o dando paseos en bote o jugando sobre el hielo o deslizándonos cuesta abajo por la nieve.

Teníamos libre acceso al parque del castillo, un privilegio del que gozaban pocos. Y esto porque éramos los favoritos del criado más viejo del castillo, Félix Brandt; y muchas veces íbamos allí de noche para oírle hablar de otros tiempos mejores y de extrañas cosas, y a fumar con él (fue él quien nos enseñó aquella costumbre) y a beber café; porque él había servido en las guerras y había presenciado el cerco de Viena y aseguraba que, cuando los turcos fueron vencidos y alejados, entre el botín había bolsas de café, y decía que los prisioneros turcos explicaron las cualidades de aquel producto y cómo hacer con él una bebida agradable; y por eso ahora el viejo siempre tenía café, para beberlo y para asombrar a los ignorantes. Cuando había tormenta, el viejo criado nos invitaba a pasar allí toda la noche; y mientras afuera sonaban truenos y brillaban relámpagos, él nos contaba cosas de fantasmas y de mil horrores de todas clases, y hablaba de batallas y asesinatos y mutilaciones y otras cosas semejantes, y sus historias hacían agradable y acogedora nuestra estancia; y, además, la mayor parte de lo que nos contaba era fruto de su propia experiencia. Había visto muchos fantasmas en sus tiempos y había conocido brujas y encantadores, y en el fulgor de los relámpagos había visto al Cazador Salvaje galopar enfurecido entre las tormentosas ráfagas, con los perros espectrales corriendo entre las nubes que arrastraba el viento. También había visto una vez un incubo, y en varias ocasiones había visto el gran murciélago que chupa la sangre del cuello de la gente dormida, y que abanica suave-

mente con las alas a la víctima para mantenerla adormecida hasta que muere.

Él nos exhortaba a no tener miedo de los fantasmas, y nos decía que no hacían daño, sino que sólo vagaban porque estaban solitarios y angustiados y buscaban un poco de compasión y de atención bondadosa; así que, con el tiempo, aprendimos a no sentir miedo, e incluso bajamos por la noche con el criado a la cámara encantada de las mazmorras del castillo. El fantasma apareció sólo una vez, pasó como una nebulosa ante nuestros ojos, flotó sin hacer ruido por el aire y finalmente desapareció; y el viejo nos había enseñado tan bien que apenas temblamos. Dijo que en ocasiones el fantasma subía por la noche y le despertaba pasándole su mano húmeda y fría por la cara, pero que nunca le hacía daño; sólo buscaba simpatía y atención. Pero lo más extraño era que el viejo criado había visto ángeles –verdaderos ángeles del cielo– y había hablado con ellos. No tenían alas, y vestían y hablaban y se comportaban y se mostraban exactamente como personas normales, y no habría logrado saber que eran ángeles de no ser por las cosas maravillosas que hacían, cosas que un mortal jamás podría hacer, y por su forma de desaparecer de repente mientras hablabas con ellos, lo cual era también algo que ningún mortal podía conseguir. Y dijo que eran agradables y alegres, y no seres desalentados y melancólicos como los fantasmas.

Fue después de haber sostenido una charla de esa clase una noche de mayo cuando, a la mañana siguiente, nos levantamos y desayunamos a gusto con él y luego bajamos la cuesta, cruzamos el puente y ascendimos hasta muy arriba entre los montes que se hallan a la izquierda

y en dirección a la ladera de un cerro boscoso. Era un sitio que nos agradaba mucho, y allí, en la hierba, nos tumbamos a la sombra a descansar, fumar y hablar de aquellas cosas extrañas, pues seguíamos pensando en ellas porque nos impresionaban. Pero no pudimos fumar, porque nos habíamos descuidado y olvidamos el pedernal y el eslabón.

Pronto vimos venir entre los árboles a un joven que caminaba hacia nosotros. Llegó y se sentó cerca y comenzó a hablarnos de un modo amistoso, exactamente igual que si nos conociera. Pero no le contestamos porque era forastero, no estábamos acostumbrados a los extraños, y éramos tímidos ante ellos. Vestía ropa nueva y buena, era guapo, tenía un rostro atractivo y una voz agradable. Se portaba con gracia y desenvoltura, sin avergonzarse, y no era desgarbado ni torpe o tímido como otros muchachos. Queríamos mostrarnos amigos, pero no sabíamos cómo empezar. Entonces pensé en la pipa y me pregunté si entendería como gesto simpático que yo se la ofreciera. Pero recordé que no teníamos fuego, así que lo lamenté y me sentí desilusionado. Pero él levantó la vista, alegre y complacido, y dijo:

—¿Fuego? Oh, eso es fácil; yo os lo proporcionaré.

Yo estaba tan asombrado, que no podía hablar, porque no había dicho nada. Él tomó la pipa, sopló sobre ella y el tabaco brilló rojo, mientras se levantaban espirales de humo azul. Nos pusimos en pie de un salto, listos para salir corriendo, como era natural; e incluso corrimos unos pocos pasos, aunque él nos rogaba anhelantemente que nos quedáramos, y nos prometía que no nos haría daño y que sólo deseaba ser nuestro amigo y gozar de

nuestra compañía. Así que nos detuvimos y nos quedamos allí. Ansiábamos regresar, llenos de curiosidad y maravillados, pero no nos atrevíamos. Él siguió persuadiéndonos con sus suaves y convincentes maneras, y, cuando vimos que la pipa no estallaba ni ocurría nada, fuimos recobrando la confianza poco a poco, y al rato la curiosidad se hizo más fuerte que el miedo y nos arriesgamos a volver, pero lentamente, y listos para volar a la primera alarma.

Él estaba empeñado en tranquilizarnos y dominaba el arte adecuado para lograrlo; no se podía uno quedar dudoso y tímido cuando una persona se mostraba tan sincera, sencilla y bondadosa, y cuando hablaba con tanta fascinación como él lo hacía; no, eso era imposible, y nos persuadió y al poco rato estábamos contentos, cómodos, con ganas de hablar y alegres de haber encontrado a aquel nuevo amigo. Cuando se nos hubo pasado todo sentimiento de timidez, le preguntamos cómo había aprendido a hacer aquella cosa tan extraña, y nos dijo que no había aprendido esas cosas: eran innatas en él, como otras cosas, otras cosas no menos curiosas.

—¿Cuáles?

—Oh, muchas, no sé cuántas.

—¿Nos dejarás que te veamos hacerlas?

—Sí..., ¡por favor! —dijeron los otros.

—¿No huiréis otra vez?

—No, seguro que no. Hazlas, por favor. ¿No quieres?

—Sí, con mucho gusto, pero no olvidéis la promesa, ¿eh?

Le dijimos que no la olvidaríamos, y él se acercó a un charco y regresó con agua en una taza que había hecho de una hoja; luego sopló en el agua, la tiró y se convirtió

en un trozo de hielo con la misma forma de la taza. Estábamos asombrados y encantados, pero ya no teníamos miedo; nos alegrábamos de estar allí, y le pedimos que siguiera haciendo más cosas. Y él las hizo. Dijo que nos daría toda la fruta que nos gustara tanto si era del tiempo como si no. Todos hablamos a la vez:

–¡Naranjas!

–¡Manzanas!

–¡Uvas!

–Las tenéis en el bolsillo –dijo.

Y era verdad. Además, eran de la mejor calidad, y las comimos y queríamos más, aunque ninguno lo dijo.

–Las encontraréis en el mismo sitio –dijo–, y todo lo que os apetezca. No tenéis ni que nombrar lo que deseáis; mientras esté con vosotros, sólo tenéis que desear una cosa y la tendréis.

Y dijo la verdad. Nunca ha habido algo tan maravilloso o interesante. Pan, pasteles, dulces, nueces; todo lo que uno quisiera lo encontraba. Él no comió nada, sino que continuó sentado hablando, e hizo una cosa curiosa tras otra, para divertirnos. Creó una pequeña ardilla de barro, de juguete, y ésta trepó a un árbol y se sentó en una rama y nos chilló desde allí. Luego hizo un perro que no era mucho más grande que un ratón, y éste persiguió a la ardilla y bailó alrededor del árbol, excitado y ladrando, y estaba tan vivo como hubiera podido estarlo cualquier perro. Asustaba el perro a la ardilla, haciéndola correr de árbol en árbol hasta que los dos se perdieron de vista en el bosque. Hizo pájaros de barro y los soltó y escaparon volando y cantando.

Por fin yo me atreví a pedirle que nos dijera quién era.

–Un ángel –dijo con sencillez.

Y soltó otro pájaro, y palmoteó y lo espantó.

Una especie de admiración temerosa se apoderó de nosotros cuando le oímos decir aquello, y volvimos a sentir miedo; pero dijo que no teníamos por qué preocuparnos, que no había por qué temer a un ángel, y que además le caíamos bien. Siguió charlando con tanta sencillez y tanta naturalidad como antes, y mientras hablaba se entretenía en hacer una muchedumbre de pequeños hombres y mujeres del tamaño de un dedo, y éstos se pusieron a trabajar diligentemente y despejaron y nivelaron un espacio de un par de metros cuadrados entre la hierba, y allí empezaron a construir un pequeño y airoso castillo; las mujeres mezclaban el mortero y lo subían a los andamios en cubos apoyados en la cabeza, exactamente como han hecho nuestras obreras siempre; y los hombres ponían las hileras de piedra... Quinientas personas de juguete se movían como un enjambre, con vivacidad, trabajando con diligencia y enjugándose el sudor de la cara, todos tan naturales como la vida. Mientras seguíamos absortos, interesados en observar cómo aquellas quinientas pequeñas personas hacían crecer el castillo paso a paso e hilera a hilera, y veíamos cómo tomaba forma y simetría, pronto se nos pasó el sentimiento de temor y nos sentimos bastante cómodos y confiados otra vez. Le preguntamos si nosotros podríamos hacer personas y él dijo que sí, y pidió a Seppi que hiciera unos cañones para los muros y a Nikolaus que hiciera unos alabarderos con petos y grebas y yelmos, y yo debía hacer otros de caballería con los caballos, y al asignarnos estas tareas nos llamó por nuestros nombres, sin decir cómo lo

sabía. Entonces Seppi le preguntó cómo se llamaba él, y dijo tranquilamente:

–Satanás.

Y extendió una astilla y con ella recogió a una pequeña mujer que se caía del andamio y la puso de nuevo donde tenía que estar, y dijo:

–Es idiota dar un paso atrás de esa manera sin darse cuenta de lo que está haciendo.

El nombre nos sobrecogió, se nos cayó el trabajo de las manos y se rompió en pedazos... un cañón, un alabarde-ro y un caballo. Satanás se rió y nos preguntó qué nos pa-saba. Dije yo:

–Nada, sólo que nos parece un nombre raro para un ángel.

Nos preguntó por qué.

–Porque es... bueno, es que es su nombre, ¿sabes?

–Sí..., él es mi tío.

Lo dijo plácidamente, pero la sorpresa nos quitó el aliento durante un minuto y nos hizo palpar el corazón. Él pareció no darse cuenta de eso, y se puso a reparar con un pequeño toque nuestros alabarderos y nuestras cosas rotas, y nos las entregó al terminarlas, y dijo:

–¿No os acordáis? Una vez él mismo fue ángel.

–Sí, es verdad –dijo Seppi–. No había pensado en eso.

–Antes de la Caída era inmaculado.

–Sí –dijo Nikolaus–, no había pecado.

–Es una buena familia... la nuestra –dijo Satanás–; no hay otra mejor. Él es el único miembro de la familia que ha pecado.

Yo creo que no podría hacerle entender a nadie lo emocionante que era todo aquello. Recordad esa especie

de escalofrío que le hace a uno temblar hasta los huesos cuando ve algo tan extraño y encantador y maravilloso que resulta simplemente una alegría tremenda estar vivo para verlo; y recordad también cómo uno lo mira fijamente y se le secan los labios y se le acorta la respiración, pero no quisiera estar en otra parte que allí, ni a cambio del mundo entero. Pues bien, yo me encontraba en tal estado, y además reventando de ganas de hacer una pregunta –la tenía en la punta de la lengua y casi no podía contenerla–, aunque sentía vergüenza de hacerla, pues se podría tomar como descortesía. Pero Satanás dejó en el suelo el buey que estaba haciendo, me miró con una sonrisa y dijo:

–No sería descortesía, y yo te perdonaría si lo fuera. ¿Que si lo he visto? Lo he visto millones de veces. Cuando yo era pequeño, de unos mil años de edad, era su predilecto entre los ángeles infantiles de nuestra sangre y linaje, por usar una frase humana; sí, yo lo traté desde entonces hasta la Caída, ocho mil años después, medidos como vosotros medís el tiempo.

–¡Ocho... mil!

–Sí –se volvió hacia Seppi, y siguió como si contestara a alguna pregunta que tenía Seppi en la mente–; pues naturalmente que tengo aspecto de muchacho, porque lo soy. Entre nosotros, lo que llamáis tiempo es algo muy amplio; requiere mucho tiempo criar a un ángel hasta la madurez. –Había una pregunta en mi mente, y él se volvió entonces hacia mí y contestó–: Tengo dieciséis mil años, contando como contáis vosotros. –Luego se volvió a Nikolaus y le dijo–: No, la Caída no me afectó a mí ni a mis relaciones con mi tío. Incluso me pusieron su nom-

bre. Y sólo mi tío comió de la fruta del árbol y luego engañó con ella al hombre y a la mujer. Los demás aún desconocemos el pecado; no somos capaces de cometerlo; estamos sin mancha, y permaneceremos siempre en ese estado. Nosotros...

Mientras tanto, dos de los pequeños obreros estaban discutiendo, y con pequeñas voces zumbadoras como de abejorros blasfemaban y se maldecían; en seguida llegaron los golpes y la sangre; se enzarzaron en una lucha a vida o muerte. Satanás extendió la mano y los aplastó, quitándoles la vida con sus dedos; los tiró a un lado, y se limpió el rojo de los dedos con el pañuelo; y siguió hablando, recogiendo el hilo de la conversación donde lo había dejado:

—Nosotros no podemos hacer el mal; tampoco tenemos ninguna inclinación hacia él, porque no sabemos lo que es.

Resultaba un discurso extraño, dadas las circunstancias, pero apenas nos dimos cuenta de ello, ya que estábamos muy escandalizados y apenados por el asesinato inexcusable que había cometido, porque fue asesinato, ése era su nombre verdadero, y no había paliativo ni excusa para cometerlo, puesto que los hombres no le habían ofendido en absoluto. Aquello nos hacía sentirnos miserables, porque le queríamos y habíamos pensado que era noble, hermoso y gracioso; incluso habíamos llegado a creer honradamente que era un ángel; y de pronto él había hecho algo tan cruel... Oh, su acción le rebajó mucho ante nuestros ojos, después de que nos hubiésemos sentido tan orgullosos de él. Pero siguió hablando como si nada hubiese ocurrido, relatándonos sus viajes y las cosas

interesantes que había visto en los grandes mundos de nuestro sistema solar y de otros sistemas solares situados lejos, en los más remotos confines del espacio, contándonos cosas sobre los inmortales que habitan aquellos mundos; y de alguna manera sus palabras nos fascinaban, nos encantaban y hechizaban, a pesar de la escena lastimosa que teníamos ante nuestros ojos. Las mujeres de aquellos pequeños hombres muertos habían encontrado los cuerpos machacados e informes de sus maridos y lloraban encima de ellos, y sollozaban y se lamentaban. Además, un cura se arrodilló con las manos cruzadas sobre el pecho, rezando; y una gran multitud de amigos compasivos se agruparon alrededor de los difuntos, descubriéndose con reverencia, e inclinando la cabeza; a muchos se los veía con lágrimas que bajaban por sus mejillas... Fue una escena a la cual Satanás no prestó la menor atención hasta que el pequeño ruido de llantos y rezos empezó a molestarle; entonces extendió la mano y, tomando la tabla gruesa del asiento de nuestro columpio, la dejó caer y machacó con ella a toda aquella gente contra la tierra como si fueran moscas; luego siguió hablando, como si tal cosa.

¡Un ángel, y mataba a un cura! ¡Un ángel que no sabía hacer el mal y, sin embargo, destruía a sangre fría a centenares de pobres hombres y mujeres que nunca le habían hecho daño! Nos puso enfermos ver aquel pavoroso espectáculo y pensar que ni una sola de aquellas pobres criaturas estaba preparada para bien morir, salvo el cura; porque ninguna de ellas había oído misa ni había visto una iglesia. Y nosotros fuimos testigos; vimos cometer los asesinatos, y era obligación nuestra denunciar el crimen, y dejar que la justicia siguiera su curso.